EL REVERSO DE LA LUZ

EL REVERSO DE LA LUZ

CUATRO POETAS HÚNGAROS

Selección de poemas de
LÁSZLÓ KÁLNOKY
ÁGNES NEMES NAGY
JÁNOS PILINSZKY
SÁNDOR WEÖRES

Traducidos por
RODRIGO ESCOBAR HOLGUÍN
y
VERA SZÉKÁCS

Selección de VERA SZÉKÁCS

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá
Editorial Orpheusz, Budapest

Este libro ha sido publicado con el apoyo del Ministerio de la Herencia Cultural Nacional, la Frankfurt 99 KHT, la Fundación Nacional de Cultura, Budapest y la Embajada de la República de Colombia en Hungría.

© Rodrigo Escobar Holguín,
Vera Székács spanish translations, 1999

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
Edificio „Uriel Gutiérrez" of. 201.
apartado aéreo 14490 Bogotá
EDITORIAL ORPHEUSZ, BUDAPEST
Editor responsable László Deák
Impreso por DeMax Print

ISBN 963 9101 56 7

PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES

BAILANDO ATADOS DE PIES Y MANOS

Traducir poemas es imposible – dicen muchos, y entre ellos, la mayoría de los poetas. Lo dijo ya Dante y desde entonces lo siguen repitiendo poetas y lectores a lo largo de los siglos. Yo, como lectora de poesía, comparto esta opinión y considero cada tentativa de traducción como una hazaña trágica condenada al fracaso desde el inicio. A pesar de las buenas intenciones – con el conocido riesgo de sus perspectivas –, a pesar de todos los esfuerzos, la humildad o las acrobacias de los traductores entre fidelidad y libertad, se pierden en general los ritmos, los metros, las rimas y el sonido de las palabras: se pierde la esencia de la poesía, el cuerpo vivo del poema con sus líneas y con su movimiento irreproducibles en otro idioma. El poema traducido será en el mejor caso una variante del original, digna pero siempre una variante, con un cuerpo algo parecido al original, con algunas líneas de él, pero será siempre la silueta del poema original a través de un vidrio opaco.

Sin embargo, existe la tentación, y es tan fuerte, que no se la puede resistir. Mejor soportar el fracaso que no hacerlo. Y especialmente en el caso de un pueblo como el húngaro, con su poesía de grandes tradiciones, rica en tonos y en talentos, pero encerrada en su idioma fino-ugrio, aislado entre las lenguas indoeuropeas. ¿Quién aprenderá el húngaro para leer a nuestros poetas? Muy pocos. Y leer poesía exige el más profundo conocimiento de un idioma. ¿No será mejor mostrar por lo menos unas siluetas que no mostrar nada?

En este espíritu, me atreví a la tentativa de presentar a los lectores de idioma español cuatro de los más grandes poetas húngaros de nuestro siglo, ya fallecidos. La selección de los cuatro es personal y arbitraria, pero no tanto. Cuando decidimos con Rodrigo Escobar Holguín intentar la traducción de algunos poemas húngaros, sin pensar aún en una antología, empezamos con Kálnoky – uno de los poetas que más admiro – porque me parecía que el tono y el mundo poético de Kálnoky fueran

familiares a él. Luego, ya con el proyecto de la antología, busqué a otros poetas que pudieran ser familiares al poeta colombiano y a Kálnoky también. Y entonces, en vez de que yo buscara tanto, fueron los cuatro poetas quienes se convocaron ellos mismos. Yo pensé en cinco, un número menos simétrico, pero ellos prefirieron quedarse en cuatro, o yo no pude encontrar uno más que entrara en su valencia poética y espiritual.

La selección de los poemas fue otra capitulación. Luchando con el problema del uso y del desuso de las rimas en la poesía de los varios paises – en la húngara las rimas estaban presentes hasta hace pocos años, y siguen sobreviviendo en varios poemas – traté de evitar los poemas rimados, donde era posible, para evitar su falsificación en la traducción sin rimas según el uso predominante. Con esto falsifiqué por supuesto la imagen de los poetas, quitándoles algunos de sus rasgos más característicos. Igual suerte corrieron los poemas métricos de gran variedad y los de ritmos verbales y musicales originalísimos, especialmente en la poesía de Weöres. De este modo, mientras las versiones poéticas no son más que aproximaciones a los originales, el conjunto de los poemas seleccionados tampoco puede reflejar los rostros de los poetas en su plenitud sino convertidos en un "óvalo deforme", con las palabras de Kálnoky.

"Traducir es bailar atado de pies y manos" dijo el poeta Dezső Kosztolányi, autor de una espléndida y muy vasta obra de traducción de poesía. Sus bellísimas variantes nacieron en las primeras décadas del siglo, frutos de ese baile penoso con los lazos estrechos de las formas, metros y rimas por respetar. Y tampoco los poetas de este libro resistieron a la tentación: paralelamente a su propia poesía, crearon – Weöres y Kálnoky en especial – una inmensa obra de traducciones poéticas del más alto nivel, patrimonio de la cultura húngara. Con el recuerdo de su baile magistral en esas condiciones tétricas, traté de seguir, intimidada y atrevida a la vez, los pasos del poeta colombiano a nuestra música lejana.

Vera Székács

DOS AÑOS CON POETAS HÚNGAROS

Con ocasión del Festival de Arte de Cali de 1997, dedicado a Gabriel García Márquez, pude conversar con su traductora al húngaro, Vera Székács. Hablamos de poesía. Unas semanas después me atrevo a plantearle un proyecto: traducir al español, entre los dos, a unos cuantos poetas húngaros. Acoge la idea de inmediato: de hecho, me dice, la había estado considerando.

Ella escoge los poetas que me puedan interesar. Yo trato de investigar por mi cuenta, pero encuentro muy poco. A duras penas uno o dos poemas de Pilinszky, y los de otros que ella no ha nombrado: Endre Ady, Attila József. "No son para nosotros", dice. También duda con Lőrinc Szabó, a pesar de haber pensado en él desde el comienzo. Me explica que la rima ha seguido siendo importante para los húngaros; los sonetos de amor de Lőrinc Szabó son insuperables. ¿Estoy dispuesto a traducir sonetos en versiones rimadas? – No – resuelvo. Me interesan sobre todo el sentido y el ritmo.

Desde Budapest, llegan por correo electrónico las primeras selecciones traducidas por Vera Székács: seis de Kálnoky. Desconcierto y pánico, rayano en el terror. ¿En qué me he metido? ¿Cómo voy a salir de esto?

Comienzo a localizar las palabras y a enterarme del orden en que aparecen los sentidos en húngaro. Analizo la estructura de los versos. Ya conozco algo de la pronunciación, y sé que todas las palabras se acentúan en la primera sílaba: las tildes no tienen que ver con el acento, sino con la pronunciación, ya que hay más sonidos vocálicos que en español. Tengo acceso así a la estructura de los acentos de los versos húngaros. En unos días, me encuentro con mi primera versión de un poema completo.

Entretanto, he podido experimentar el gran poder de síntesis que el húngaro obtiene de su carácter aglutinante. Paso grandes trabajos buscando cómo evitar versos demasiado largos. Voy avanzando poco a poco con Kálnoky, y al terminar las versiones iniciales de los seis poemas las envío por la Red. De vuelta, Vera Székács tiene observaciones sobre todos los poemas. Se inicia un

carteo electrónico para aclarar malentendidos, corregir omisiones, discutir el uso de vocabulario, establecer símbolos y convenciones de trabajo entre nosotros. Me envía más poemas del mismo autor.

Me embarco en un trabajo intenso y delicado. El recrear, con el máximo respeto viable de los significados y las formas del idioma original, un texto que se pueda disfrutar como poesía, exige echar mano de todos los recursos que uno pueda usar, incluso el sueño y la revivencia del pasado propio.

A fines de 1997, Vera Székács vuelve a Bogotá y Cali, y podemos hacer algunos recitales bilingües de poemas de Kálnoky, ante colombianos y húngaros.

¿Será así de laboriosa la traducción de los otros poetas? Lo es, pero cada uno tiene sus propias dificultades. Algunos ejemplos: en Pilinszky es esencial respetar la economía de lenguaje y la sucesión de significados, en particular hacia el final del poema; en Weöres, hay que recoger su gran variedad y riqueza formal y semántica; en Nemes Nagy, recrear la introducción de elementos de léxico modernos y científicos. Y en conjunto, comprobar que se ha generado para cada uno, en español, un estilo poético propio, paralelo a lo que alcanzo a adivinar como su estilo original.

Salvo la falta frecuente de rimas donde en húngaro las hay, y a veces la ya nombrada elongación de los versos, no nos hemos concedido mucha libertad: quien lea estas versiones puede confiar en que los sentidos son los mismos – bueno: casi los mismos – en húngaro que en español. La distribución de los significados en los versos, la puntuación, el vocabulario, por ejemplo, han sido objeto de reflexión y discusiones intensas, en búsqueda de fidelidad y poesía.

Yo me he sentido más rico después de esta experiencia, y aún más al poderla compartir. Ahora, al escribir mis propios poemas, me doy cuenta de que también ese acto es una traducción, y que lo primero que surge es un esbozo o aproximación incompleta cuyos términos se me van revelando con el tiempo.

Rodrigo Escobar Holguín